La Comédiathèque

Happy dogs

Monólogo tragicómico



Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Happy Dogs

Jean-Pierre Martinez

Tras perder su documento de identidad por una confusión aparentemente trivial, un hombre emprende una investigación para recuperarlo, hasta que termina resignándose a convertirse en otra persona. Entre la novela negra y lo fantástico, un relato breve en primera persona, tan trágico como cómico, que también puede representarse como monólogo teatral.

© La Comédiathèque

Hace un frío de perros. Como para no dejar ni a uno en la calle. Y, sin embargo, ya hay unos cuantos esperando ante la puerta cerrada de Happy Dogs. Sobre todo caniches. Blancos, negros... De otras razas también, supongo. No entiendo mucho de perros. Solo sé que los perritos de las señoras mayores son el principal sustento de las peluquerías caninas. Igual que las propias señoras mayores son el sustento de las peluquerías de señoras. Además, esos caniches llevan casi el mismo peinado que sus dueñas. Y el mismo abriguito. No tengo nada contra los perros pequeños, ojo. Ni contra las viejecitas. Pero, aquí, en plena acera, el único que no lleva abrigo soy yo. Como un gilipollas, he pensado que no hacía falta. Happy Dogs está justo debajo de mi casa y abre a las diez. Pensaba bajar y volver a subir. Pues son las diez y cuarto y sigue cerrado. Podría volver más tarde, claro. Pero ya que estoy aquí... La dueña aparecerá con las llaves y cualquier excusa de pacotilla: que si he perdido el autobús, que si el pequeño tiene gripe, que si mi madre ha muerto esta noche. Mi más sentido pésame. Mientras tanto, a mí se me están congelando los huevos.

Ya sé lo que estáis pensando: ¿qué hago esperando a cinco grados bajo cero ante una peluquería canina si no tengo perro? Si hasta a cortarme el pelo voy una vez al año. Y, si ese día hubiera cola, os aseguro que lo dejaría para el año siguiente. Así que no, no he venido a ligar con ancianitas. ¿Por quién me tomáis? He venido a recoger un paquete. Nada más. Happy Dogs es mi punto de recogida. Con los centros de las ciudades cada vez más desiertos, los pequeños comercios tienen que buscarse la vida. Para aplazar la ruina unas semanas, antes de bajar la persiana para siempre y abrir la llave del gas, también aceptan paquetes. Un estanco, una tienda de alimentación, una floristería... Ahora puedes recoger una compra por internet a dos pasos de casa. En cualquier establecimiento. Bueno, quizá no en un sex-shop, una pescadería o una funeraria. Hay que reconocer que es más cómodo que hacer cola en Correos. Siempre que la señora abra el dichoso negocio a su hora, claro, porque aquí... En Correos, por lo menos, esperaríamos calentitos. Yo y todos estos pobres chuchos.

Aparece un chaval lleno de granos, con la capucha puesta, que avanza sin ninguna prisa y chorreando sudor a pesar del frío polar y de su andar cansino. Saca a duras penas un manojo de llaves del bolsillo de una parka informe. Mientras intenta meterlas una tras otra en la cerradura, torpemente y sin molestarse en quitarse los guantes, nos explica que no le ha sonado el despertador. Oyéndolo hablar, parece que el perjudicado es él. No sé si alguien habrá presentado alguna vez una demanda colectiva contra los fabricantes de despertadores que se niegan a sonar. O de almohadas que se averían. Tendrá unos dieciséis años. Quizá dieciocho. O veinte. No se me dan bien las edades. Para los blancos, todos los negros se parecen; para los viejos, todos los jóvenes tienen la misma edad. Este es bastante alto. Un poco obeso. Aunque no sé si se puede ser un poco obeso. Obeso ya es mucho. Digamos que está bastante gordo. Tiene una cara de querubín. Tampoco estoy seguro de saber qué significa exactamente «querubín», pero me parece una palabra perfecta para esa cara de imbécil mofletudo, medio oculta bajo una melena larga y francamente grasienta. Y, joder, si preferís páginas y páginas de descripciones llenas de palabras rarísimas cuyo significado el autor ha tenido la paciencia de consultar en el diccionario, releed a Zola. Hoy nadie abre los diccionarios. Lo buscamos en internet. Entre dos grafías, elegimos la que arroja más resultados, suponiendo que será la correcta. Es el

principio, muy democrático, de que la mayoría jamás puede equivocarse frente a la minoría. Un error refrendado por suficientes personas se convierte en la norma del futuro. Y una horterada adoptada por una élite termina imponiéndose como el colmo de la elegancia. Así hemos llegado a ver, en ciertos ambientes, mocasines con borlas. Sin calcetines.

El adolescente crecidito lleva botas militares. Va de negro de arriba abajo, en plan paramilitar. El uniforme completo del friki sin vida propia que recorre el mundo como si fuera un videojuego, con los ojos clavados en la pantalla y el dedo en el gatillo. En fin, tiene una pinta de lo más inquietante. Me lo imagino en un campus estadounidense, con un fusil de asalto, disparando contra todo lo que se mueva: los profesores que lo humillaron, los compañeros que lo acosaron sin motivo y las chicas a las que él acosó sin resultado. Pero ¿os imagináis una matanza en una peluquería canina? Ya veo los titulares: «MASACRE EN HAPPY DOGS: SEIS VÍCTIMAS, ENTRE ELLAS TRES PEQUINESES, DOS DOGOS ALEMANES Y UN GALGO AFGANO. SU DUEÑA, DE RAZA DESCONOCIDA, SE DEBATE ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE». No quedaría serio. Ni el Estado Islámico querría reivindicarla. Y, sin embargo, se me mete en la cabeza aquella canción de Talking Heads: «Psycho Killer»... Será mejor salir corriendo.

Por fin el psicópata da con la llave. La puerta se abre y todos los perros se ponen a ladrar a coro. Como yo era el primero, me dispongo a colarme detrás del cancerbero, pero una mujer se me adelanta con la intención de quitarme el puesto. A esa no la había visto venir. Tampoco lleva perro. Le corto el paso. «Perdone, estaba yo antes y tengo un poco de prisa...» Se aparta con una sonrisa irónica. No debo de tener pinta de estar muy ocupado. «Disculpe, no sabía que habíamos cogido número». Entro delante de ella, seguido de una jauría de perros enloquecidos. Me siento como en una cacería, haciendo el papel de jabalí. Juraría que uno de esos chuchos me ha mordido los talones. Prefiero no rebajarme a su altura.

Nada más entrar, me agarra por la garganta una peste nauseabunda que impregna hasta el papel pintado despegado de este miserable salón de belleza canino. El olor a perro es peor que el de tabaco. Por mucho que aspires los pelos, friegues con desinfectante y lo rocíes todo con ambientador, nunca desaparece del todo. ¿Habéis subido alguna vez al coche del dueño de un pastor alemán? Aunque el perro lleve tres meses muerto, sigue apestando. Quiero decir, aunque no hayan dejado el cadáver todo ese tiempo en el maletero. Y aunque al amante de los perros policía no le dé también por fumar como una chimenea. Contengo la respiración. Pero tarde o temprano hay que respirar, y me temo que mi estancia aquí va a durar más que mi ridícula capacidad para aguantar la respiración. Solo quiero recoger el paquete, salir de esta perrera y volver a mi propia caseta. Pero el pervertido que podría acabar con mi sufrimiento no tiene ninguna prisa por rematar la faena. Ya ha desaparecido en la trastienda. Supongo que para desconectar la alarma y conectar la cafetera. Tengo tiempo de mirar a mi alrededor. Para no cruzarme con la mirada de la mujer a la que he cerrado el paso, examino la mercancía fingiendo interés. Artículos de cuero, collares de pinchos, cadenas, correas... Si no supiera que estoy en Happy Dogs, pensaría que he entrado en una tienda sadomasoquista. En su sección zoófila, a juzgar por el olor a zoológico.

Vuelve el aprendiz de asesino en serie con una sonrisa de vendedor. «¿A quién le toca?» Le enseño enseguida el papel en el que he apuntado el número de pedido que me mandaron por correo electrónico. Lo coge y lo mira por encima. «A ver, un paquete a nombre de...» Levanta la cabeza. «¿Hay alguien más que venga a recoger algo? Así me ahorro otro viaje». Mi rival, encantada, enarbola su resguardo como si le acabara de tocar el Euromillones. Me dedica una sonrisa triunfal. Así que, a pesar de mi grosería, ni siquiera conseguiré que me atiendan primero. «¿Me dejan sus documentos de identidad, por favor?» Le tiendo el mío desconfiando, y vacilo un instante antes de soltarlo. Me lo arranca con un tirón y una sonrisa sádica. Sigue llevando los guantes. ¿Para no dejar huellas? En cualquier caso, si quiero mi paquete, no tengo alternativa. Se guarda los dos documentos en un bolsillo y, antes de marcharse, se dirige a la jauría. «La dueña viene ahora mismo. Ella os atenderá». Los perros redoblan los ladridos. Todavía no sé si porque se mueren de ganas de que los esquilen o porque esperan librarse del suplicio. Los perros no siempre son fáciles de entender.

Vuelve el gordito con dos cajas de tamaño parecido, una encima de otra. «¡Vaya, cómo pesa esto! ¿Qué lleva dentro?» ¿Te crees que voy a decírtelo, capullo? Esto no es una aduana y tú no eres policía. Mi competidora, más educada, o deseosa de ganarme de una vez por todas, le informa de que son libros. Al tipo le importa un bledo. Ni siquiera estoy seguro de que sepa leer. Deja las dos cajas en una esquina del mostrador y saca un terminal electrónico para que firmemos la recepción. Mientras intento garabatear algo que se parezca a mi firma en una pantallita minúscula, con un lápiz del tamaño de un bastoncillo para los oídos sujeto al aparato por una goma demasiado corta, no pierdo de vista las dos cajas, en un equilibrio cada vez más precario. Vuelvo a mirar la pantalla para comprobar el resultado de mis esfuerzos. Ni yo reconocería esa firma. Podría haber hecho una cruz. Pero, por lo visto, a nadie le importa. Lo llaman progreso. Un golpe sordo me aparta de la pantalla. Las dos cajas acaban de darse un buen batacazo. El grandullón lleno de granos recoge una y me la encasqueta en los brazos. Lo fulmino con la mirada. «Le advierto que el contenido es frágil. Espero que esté bien embalado, porque, si no...» Me contesta con ironía: «Lo importante es que nadie ha resultado herido». Tiene razón. Si una de esas ratas con pedigrí hubiera recibido el paquete en la cabeza, seguramente habría sido su última visita a la peluquería.

Con ganas de largarme, ya estoy enfilando la salida cuando el tipo me llama entre risitas. «¡Su documento!» Es verdad, se me había olvidado. ¿Qué necesidad tenía de llevarse mis papeles a la trastienda? ¿Para qué? ¿Para comprobar mi identidad? No fuera a ser que me hubiera mandado una bomba de relojería por correo, programada para estallar a las cuarenta y nueve horas, justo después del plazo de entrega. Cojo el documento, me lo meto en el bolsillo y salgo sin mirar a nadie, con la caja en brazos. Ya estoy en la calle. Salvado. Respiro una gran bocanada de aire fresco. Prefiero la contaminación a ese olor a perro...

Subo directamente a casa. Un quinto sin ascensor. Desde luego, la dichosa caja pesa lo suyo. La dejo en el recibidor. Debería ponerme a trabajar, pero ahora mismo no tengo fuerzas ni para abrir mi regalito. Primero voy a darme un baño bien caliente.

Para entrar en calor. Y a cambiarme de ropa. Todavía me parece oler a perro. Me sumerjo en el agua hirviendo. Ahora huelo a perro mojado. A perro cocido. A perrito caliente, pero sin pan. Tendría que haberme tomado un café abajo para despejarme. Aunque ya estoy bastante alterado. Me quedo dormido mientras el agua se va templando. Y tengo un sueño raro. Soy novelista. O lo seré cuando escriba mi primera novela. Para hacer pasteles o desatascar váteres, estudias y obtienes el título de pastelero o fontanero. Después haces pasteles o sacas mierda de las tuberías. Así de sencillo. Para novelista no hay título que valga. Como para psicoanalista. Para ser autor hay que crear primero una obra. Tu obra maestra. Pero, a diferencia de los aprendices de un oficio, aquí no tienes maestro ni compañeros. Al albañil se le conoce por el muro que levanta. Al escritor, por la página que consigue llenar. Convertirse en autor es pasar de la página en blanco a las Páginas Amarillas. De una existencia anónima a tener nombre y profesión. Mientras no escribas nada, solo eres un fantasioso cualquiera, culpable de ejercer ilegalmente el oficio de inventar verdades alternativas. Y mientras no vendas un libro, eres como una prostituta que trabaja gratis porque nadie quiere pagar por sus encantos. Por ahora, soy un don nadie que intenta hacerse un nombre. Y no tengo ni el principio de una primera idea para mi primera novela...

Me despierto en agua helada. ¿Cuánto tiempo he dormido? Podría haberme ahogado. La policía habría concluido seguramente que fue un suicidio. Morir por descuido después de quedarse dormido en la bañera tiene poca épica. Murió como vivió: haciendo el idiota. ¿Qué es preferible, que crean que fue un accidente estúpido o el último acto de libertad de un hombre? Pero ¿por qué hablo de mí en pasado? No estoy muerto. ¿O sí? Como me quede cinco minutos más en esta agua glacial, no tardaré en estarlo. Yo que quería entrar en calor... Salgo, me froto con una toalla y me visto. Tengo hambre. La nevera está tan vacía que no sé por qué sigo teniéndola enchufada. ¿Qué hora es? Se me ha parado el reloj. Se ha agotado la pila. Es curiosa la vida de las pilas. Dicen que pueden durar cinco años. Cinco años. Lo mismo que algunos mandatos presidenciales. Tiempo suficiente para olvidar las promesas incumplidas, pero no para que desaparezca la sensación de haber sido traicionado. Siempre que se me para el reloj me pregunto: ¿cuándo cambié la pila por última vez? ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Con quién? ¿Estaba entonces más vivo que ahora? ¿Era más feliz? ¿Cuántas pilas de reloj, o de marcapasos, me quedan hasta la última? No me apetece bajar al estanco a comprar otra. Quizá debería cambiar directamente de reloj. Cuando les cambias la pila, casi nunca vuelven a ser impermeables. Yo no practico submarinismo, pero si tengo que quitarme el reloj cada vez que me baño... Pido una pizza. A estas horas seguro que ya no es momento de desayunar. Tendría que ponerme a trabajar. No me apetece. Ya veremos después de comer.

Enciendo la tele mientras espero. Vaya por Dios... Las elecciones. Justo ahora. Las primarias de un partido de centro. Siete enanitos disputándose el derecho a besar a Blancanieves. Cuando su única posibilidad de estar a la altura sería subirse unos encima de otros. Dan ganas de volver a la bañera después de tragarse un bote de somníferos. Apago la televisión. La caja sigue en el recibidor. Estoy a punto de abrirla cuando llaman a la puerta. La pizza. Bueno, no ha venido sola. En el rellano hay un tipo con casco y una caja de pizza entre las manos. No tengo efectivo. «¿Le puedo pagar con un cheque?» Me pide un documento de identidad. Necesita apuntar

el número. Definitivamente, hoy no es mi día. Todo el mundo pone en duda mi identidad, hasta los repartidores de pizza. Cualquier día, en el bar de la esquina, me pedirán los papeles antes de servirme un café solo.

El Daft Punk del casco contempla mi documento con desconfianza. Después mi cara. Luego vuelve a mirar la foto. «¿Pasa algo?» Me devuelve la tarjeta y se marcha, al parecer con mucha prisa. Qué sensación tan rara. Un desconocido con un casco integral exigiéndome que demuestre quién soy en el rellano de mi propia casa. Por un momento he creído que no me dejaría entrar. Ahora comprendo cómo debe de sentirse un mexicano al que para un motorista con documentos falsos en la Ruta 66. Vale, ya sé que la Ruta 66 no va precisamente en dirección a México. Pero nunca he presumido de saber geografía. Es la única carretera estadounidense que conozco. Junto con la Nacional 7, que ni siquiera es estadounidense. ¿Qué pasa? ¿Qué tiene mi cara? Echo un vistazo distraído al documento que acaba de devolverme. Y doy un respingo. Donde debería estar mi foto aparece la de una mujer de mediana edad...

Por suerte, al menos me ha dejado la pizza. Y me ha devuelto el documento. ¿Qué otra cosa podía hacer con ella? Con la pizza, quiero decir. ¿Colocársela recalentada a otro cliente? Ya suele ser bastante mala recién salida del horno. Por el olor, esta se ha carbonizado un poco. Meterla otra vez sería incinerarla. Habrá pensado que soy un demente. O una persona transgénero. Seguramente por eso me ha dejado la pizza: por miedo a una denuncia por discriminación. Tal vez creyó que era una prueba organizada por algún colectivo. O a lo mejor solo quería huir de esta casa de locos. Porque esto es de locos. ¿Quién demonios es esa mujer? ¿Qué hago yo con su documento y dónde está el mío? No es tan difícil de adivinar. Hoy solo he salido para ir a Happy Dogs. Ese imbécil me ha dado la tarjeta de otra persona. Que habrá salido de allí con la mía. No me extrañaría que lo hubiera hecho adrede, el muy retorcido. Y eso que ya desconfiaba de él. Pero ¿cómo iba a imaginar que me entregaría un documento falso? Bueno, falso no: seguramente es auténtico, pero no es el mío. ¿Y qué más da? Tengo que volver antes de que cierren.

Bajo las escaleras de cuatro en cuatro, furioso. Menos mal que al repartidor se le ha ocurrido pedirme los papeles. Porque, si no... Uno no se pasa el día comprobando si ha cambiado la fotografía de su documento de identidad. Los que cambiamos somos nosotros, con los años. La fotografía no. Si, pasado un tiempo, ya no te reconoces en ella, es porque tú has encanecido, no porque la foto se haya vuelto amarilla. Pero es que yo hasta he cambiado de sexo. Podría haber tardado meses en darme cuenta. Al coger un tren de alta velocidad o un avión. ¡Es una irresponsabilidad hacer algo así!

Empujo la puerta de Happy Dogs como la de un saloon, dispuesto a desenfundar. «¿Dónde está ese cabrón?» La señora del mostrador no entiende de entrada a qué me refiero. Se lo explico. Finge compadecerme, sin llegar a disculparse. El descerebrado no está. Es un chico en prácticas. Solo viene por las mañanas. Mira el documento de identidad. La mujer no es clienta de la peluquería. No la conoce. Solo vino a recoger un paquete, como yo, y puede que no vuelva jamás. Una clienta ocasional, digamos. No una habitual, socia del club canino y poseedora de una tarjeta de fidelización. No. No tienen sus datos. Ni manera de localizarla. Pero quizá regrese cuando se dé cuenta de la confusión. Sí, hombre... Dentro de seis meses o un año. Si no se ha muerto mientras tanto.

La mujer me observa con expresión de fingido pesar y un punto de sospecha. «¿Está seguro de que ha sido una equivocación?» Me entran ganas de estrangularla. Le planto delante de las narices el documento de identidad de una mujer y me pregunta si estoy seguro de que ha sido una equivocación. Se lo arranco de las manos. Ni hablar de dejárselo para que esa mujer pueda recuperar el suyo y devolverme el mío cuando se le antoje. Al menos así tengo algo que ofrecer a cambio. Porque ella está metida en el mismo lío. También se ha quedado sin identidad. Quiero decir, sin documento de identidad. Le dejo mi número a la peluquera de caniches, por si acaso, y le aconsejo que seleccione mejor a sus aprendices. Musita algo que prefiero interpretar como la firme promesa de hacerlo. Salgo de allí sin haberme calmado. Tendré que investigar por mi cuenta...

Ya que estoy fuera, compro una pila para el reloj en el estanco. Siempre sale más barato que cambiarlo entero. El segundero vuelve a moverse. Entro en un bar a tomar un café. Una mujer de cierta edad está apoyada en la barra a mi lado. Su perfil me resulta conocido, pero no recuerdo su nombre. ¿Y si fuera la mujer que se ha llevado mi identidad? ¿Cómo saberlo? En la tienda hice lo posible por no mirarla a la cara. No voy a acercarme ahora a preguntarle si lleva mi documento de identidad en el bolso. Podría ser ella. O cualquier otra mujer de la ciudad. Vuelvo a mirar el documento. Un nombre. Una dirección. Por suerte vive en el barrio. Al menos eso dicen sus papeles. Puede haberse mudado. El documento tiene ya sus años. Está casi caducado. El café está tibio. Odio que me sirvan el café tibio. O quizá he tardado demasiado en bebérmelo. Estaba pensando en otra cosa. Esta historia empieza a obsesionarme.

La mujer que tenía a mi lado ya se dirige hacia la puerta. Demasiado tarde para preguntarle si lleva mi documento en el bolso en lugar del suyo. Se vuelve por última vez, como para saludar al público antes de salir de escena. Ahora caigo en quién es. Una actriz que lleva años saliendo en televisión. Aunque últimamente sale cada vez menos. A las actrices, pasada cierta edad, se las reconoce mejor de lejos que de cerca. Sobre todo sin maquillaje. La realidad lleva mal los primeros planos. La verdad se aprecia mejor desde cierta distancia. Pero ¿quién es esa mujer? No, no la estrella venida a menos. La otra. La que me ha robado la identidad. El camarero me lanza una mirada irónica. ¿Y si también estuviera metido en el asunto? Empiezo a desvariar. A lo mejor tengo algo de fiebre. Decido irme sin acabarme ese asqueroso aguachirri.

Lo primero que veo al volver a casa es la caja de la pizza. Habrá que comer algo. Aunque ya debe de estar fría. Y, por tanto, todavía más repugnante. El destino del universo, desde su nacimiento hasta su muerte, no es más que un lento y prolongado enfriamiento. Hasta alcanzar el frío absoluto y la inmovilidad total, que es la muerte de todo cuanto existe. Abro la caja. Había pedido una vegetariana. Es una pizza de atún. Con doble ración de atún, por lo visto. Odio el atún. Me sienta fatal. Desde luego, hoy no es mi día. Quito como puedo la mayor parte de los ingredientes y empiezo a comer. Mientras mastico esta pizza sin nada, casi tan tierna como el cartón en el que venía, me fijo en el dibujo de la caja. Un pizzero vestido de verde y rojo, con gorro de cocinero, que mete una pizza en un horno antiguo ayudándose de una larga pala de madera. Para cenar con el diablo hace falta una cuchara larga. Este la habrá dejado demasiado tiempo en el horno. Parece que estoy comiendo carbón.

Debajo del irónico «Buen provecho» aparecen escritos a mano el nombre y la dirección del afortunado destinatario. Me sobresalto otra vez. La dirección es la mía, pero el nombre no. ¡Es el de la mujer cuyo documento de identidad tengo! ¡Esto es intolerable! ¡Es una conspiración! ¿Quién se ha metido así en mi vida? Ya noto que el atún me va a repetir toda la noche. He retirado casi todo, pero siempre queda alguna migaja. Será mejor acostarme.

Me despierto empapado en sudor. Ya es de noche. ¿Qué hora será? El reloj se ha parado otra vez. Así que no era la pila. Tendría que haber comprado uno nuevo. Demasiado tarde. Si compro otro ahora, vendrá con su pila, y esta me sobrará. «Solo se gasta si se usa». Y una mierda. Se gastará al mismo tiempo que la otra, al mismo ritmo, pero para nada. Como un corazón latiendo en soledad para una vida inútil, mientras un impostor se ha marchado con el resto del cuerpo. Y con otro corazón. Como un órgano que ya se había hecho ilusiones con un trasplante y al que comunican que el receptor ha encontrado algo mejor. Tengo que encontrar a esa mujer como sea. Busco la dirección en un plano. Está a unas calles de aquí. Consulto su nombre en las Páginas Blancas. No aparece ningún teléfono. Las Páginas Blancas... Cada vez hacen más honor a su nombre. ¿Quién deja hoy su número en una guía telefónica? Antes, al menos, los nombres estaban allí, negro sobre blanco. Ahora ni siquiera eso. Un inventario de ausencias. Mañana iré a la dirección del documento. A ver qué pasa.

No es un piso ni una casa. Más bien una especie de tienda en la que no parece haber nada que comprar. O un comercio que tuviera el escaparate al revés, mirando a la trastienda. Dentro veo dos mesas de oficina, ordenadores, archivadores. También hay objetos decorativos: muebles pequeños de diseño, lámparas extravagantes, cachivaches. No sabría decir si esas piezas artesanales, a diferencia del mobiliario de oficina tipo Ikea, están realmente en venta. Ni cuánto cuestan. Un negocio raro. No veo a nadie, pero las luces están encendidas. Debe de estar abierto. Me quedo un rato en la acera esperando que aparezca alguien. La dueña. O un cliente. Pero aquí no se agolpa el público precisamente. Ni comparación con Happy Dogs. No estoy muy tranquilo, recordando lo poco cordial que fue nuestro primer encuentro en la peluquería. Por otro lado, tampoco vengo a pedirle un favor. Supongo que a ella también le interesará recuperar su documento de identidad. Si se ha dado cuenta de que lo ha perdido, claro.

Por fin se abre una puerta al fondo de la oficina y aparece una mujer. No está nada mal. De lejos. No sabría calcularle la edad. Y eso me viene de maravilla. A mí me gustan las mujeres a las que no se les puede echar edad. Por abajo, cuando puedes echarle edad a una chica, empiezas a acercarte peligrosamente al código penal. Por arriba, cuando vuelves a poder calcularla, ya casi te sale más a cuenta hacerte gigoló. La mujer ideal no tiene edad. Las jovencitas están bien cinco minutos. Pero no tienen conversación. Ni sentido del humor, sobre todo. Y paciencia, ninguna. No saben apreciar un buen vino. Beben mosto. O vodka con refresco y luego lo vomitan todo. De las viejas no sé nada. Prefiero seguir así. Ya me enteraré a su debido tiempo. Por ahora me interesan las mujeres de edad indefinida, aquellas con las que ir a cenar no es un mero trámite sino parte de los preliminares. Porque algún día, queramos o no, quizá solo nos quede la cena. Si el estómago todavía lo permite. Y, en el peor de los

casos, el placer de una buena conversación con una infusión para dormir.

Empujo la puerta y entro. Está sentada ante el ordenador y tarda en levantar la vista. Supongo que para dejar claro que aquí no se abalanzan sobre los clientes en cuanto cruzan el umbral. Están por encima de eso. No venden aspiradoras. De hecho, no venden nada. Me acerco con timidez, fingiendo examinar la decoración y buscando desesperadamente algún objeto con una etiqueta de precio. Por fin se digna mirarme. Parece un poco sorprendida y se levanta. «¿Puedo ayudarle?» A diferencia de la actriz del bar, esta mujer gana de cerca. Pero tampoco la reconozco. Hasta la invitaría a mi caseta para darnos unos lametones. El problema es que la primera vez que la vi, en Happy Dogs, estaba de un humor de perros. Casi le ladro. Tranquilos, solo estoy siguiendo la metáfora. No voy a saliros con un experimento literario en el que al final descubrimos que el narrador era un perro.

La verdad es que, de no ser por la dirección, ni siquiera estaría seguro de que se trata de la mujer con la que me crucé en Happy Dogs. Tampoco se parece mucho a la foto del documento, pero bueno... Las mujeres cambian de aspecto con facilidad. Les basta pasar por la peluquería. Tal vez sea una foto antigua. O quizá a ella también le entregaron hace años la tarjeta de otra persona y nunca se dio cuenta. Y ahora me han dado esa misma tarjeta por error. Sería como sacar un billete de diez euros del bolsillo e intentar encontrar a su primer propietario fijándome únicamente en el dibujo impreso. Un billete está sucio. Pasa de mano en mano. Cruza fronteras. Un documento de identidad, en cambio, debería ser algo íntimo y exclusivo. Se enseña solo a profesionales acreditados. Un policía, un agente de aduanas, un médico... No hay que separarse nunca de él. Mucho menos cambiarlo por el de otra persona. Sobre todo si esa persona ni siquiera es de tu mismo sexo. En mi cabeza todo se vuelve más confuso. Por un momento ya ni recuerdo a qué he venido. Vale, la mujer no está mal, pero tampoco como para trastornarme tanto. O quizá llevo más tiempo necesitado de lo que pensaba.

Empiezo a balbucear una explicación. Si suele ir a Happy Dogs, si ha estado allí hace poco. Cada vez pone cara de mayor desconcierto. Si cree que es una excusa para entrarle, debe de parecerle la frase para ligar más disparatada que ha oído en su vida. Dudo que valore mi originalidad. Pero tengo un aspecto tan lamentable que acaba dándole pena. Me tomará por un sintecho. Un sinpapeles. O un loco inofensivo escapado de un psiquiátrico, buscando un poco de calor humano en su tienda. «¿Quiere un café?» Interpreta mi silencio como un sí y me sirve una taza. «Gracias». «¿Azúcar?» «No, gracias». Lo digo por no molestar, pero detesto el café sin azúcar. Me lo tomo conteniendo una mueca. Por lo menos este está caliente. Le explico que he perdido mi documento de identidad. Ya no sé si decirle que tengo el suyo. «¿Por casualidad no lo habrá encontrado?» «¿Encontrado? ¿Dónde?» «No sé... En su bolso, por ejemplo». Por la cara que pone, voy a tener que dar más explicaciones.

Pero la puerta por la que había aparecido se abre de nuevo y sale otra mujer. Por lo visto, la trastienda tiene otra trastienda. Y esta quizá otra más. Como las muñecas rusas. Las habitaciones, quiero decir. Aunque, hablando de muñecas, estas dos tampoco están mal. Una rubia y una morena. No sé si también encajarán la una dentro de la otra. La primera, la rubia, explica mi situación con cierta compasión: «El caballero ha perdido los papeles». «Qué curioso», dice la morena. «¿Ah, sí?» Me

explica que es artista plástica. Recupera fotos de desconocidos e inventa sus historias. Contemplo las imágenes. Uno de esos desaparecidos se parece un poco a mí. Y todas tienen un aire extrañamente familiar.

La morena me mira con insistencia. Por lo visto le interesan las huellas fotográficas de gente a la que no conoce. Imágenes rescatadas de vertederos. O de mercadillos de antigüedades. Odio los mercadillos. Cada otoño montan uno en mi barrio. No hay nada más parecido a un vertedero que un mercadillo. Salvo por los precios. Viene gente de toda la comarca, paga un dineral por un puesto y lleva sus trastos para venderlos: platos desportillados, los calzoncillos que se le han quedado pequeños al niño, un ordenador prehistórico... Lo peor es que lo venden. A veces por lo mismo que costaría nuevo. Muy pintoresco. Y muy deprimente. También instalan una feria. Las ferias son curiosas: viven fuera del tiempo. Ya estaban pasadas de moda cuando yo era niño, y desde entonces no han cambiado. Las mismas atracciones. El mismo algodón de azúcar. Las mismas músicas espantosas, tan olvidadas que ni la sociedad de autores encontraría a sus compositores. ¡Otra vuelta! Lo clásico es aquello que no pasa nunca de moda. La feria es lo contrario: algo que jamás estuvo de moda y que permanecerá anticuado para toda la eternidad. Y, sin embargo, los padres siguen llevando allí a sus hijos, como si fuera un rito de iniciación. Eso es la vida: un vertedero al aire libre donde hasta la basura se vende. Y la única diversión que te ofrecen es una vuelta en el tiovivo una vez al año.

No he escuchado muy bien el comienzo de su explicación. Seguía pensando en el vertedero. Ahora me habla de su proyecto artístico. Rescata entre los desperdicios de la sociedad las huellas de quienes la propia sociedad ha tirado a la basura. Después intenta imaginar cómo eran. Devolver la vida a esos fantasmas. Aprovecho esa idea para demostrar que la he seguido, no vaya a hacerme una pregunta que no sepa contestar. «Yo soy justo lo contrario: sigo aquí, pero he perdido mis huellas. Al menos no tengo un documento con mi foto para demostrar que existo». Empiezo a comprender cómo se sienten algunos refugiados que llegan a Europa y se deshacen de sus papeles para evitar que los devuelvan a su país. Yo, en cambio, daría lo que fuera por recuperar los míos y volver a casa. Las dos me sonríen. No sé por qué estas mujeres me reciben con tanta amabilidad y me cuentan sus vidas con tanta confianza. Aquí se está bien. Casi como en el paraíso. Me avergüenza haber sido tan grosero con una de ellas por una simple cuestión de turno en una cola. Y ahora me cuesta volver al motivo de mi visita.

Por educación le pregunto a la rubia a qué se dedica. Después de todo, había venido a verla a ella. Creo. Me dice que es vidente. Al principio pienso que me toma el pelo. Tiene suficiente sentido del humor para no ofenderse. Ya os lo decía, las mujeres de cierta edad tienen mucho sentido del humor. Aunque confieso que su profesión me deja un poco frío. Una relación con una vidente puede volverse muy previsible. Vivir con alguien a quien no se le puede ocultar nada. Que conoce hasta tu futuro. Aunque no previó que iba a salir de Happy Dogs con mi documento en el bolso. Eso me tranquiliza. Pero una vidente... Es casi como una bruja, ¿no? Por muy encantadora que sea. Me daría miedo que, de noche, clavara alfileres en un muñeco con mi cara para castigarme por las faltas de hoy. Y hasta por las de mañana, que tampoco podría esconderle. Me pregunta a qué me dedico. Para ponerla a prueba, y porque no sé muy

bien qué responder, le digo que lo adivine.

Se ofrece amablemente a leerme la mano. Gratis, supongo. No me hace mucha gracia. Si me va a ocurrir una desgracia, prefiero que me pille por sorpresa. Pero accedo. Me coge la mano. ¿Sería un pretexto? Tiene la palma cálida y suave. No dice nada. Empiezo a sentirme incómodo. Ella también parece incómoda, aunque por otra razón. «¿Malas noticias?» «No, pero es que no le veo ninguna línea en la mano». «¿Y eso es mala señal?» Intenta quitarle importancia. «Bueno, si quiere ser novelista, no le auguro mucho futuro...» «¿Y eso por qué?» «¡Se lo acabo de decir! ¡No veo ni una línea en su mano!» Vaya sentido del humor más discutible. Lo malo es que no parece estar bromeando. A falta de líneas en la palma, espero conservar al menos las huellas dactilares...

Me suelta la mano, casi a regañadientes. Se hace un silencio incómodo. Las dos me miran con cierta indulgencia. Si es mejor despertar envidia que lástima, creo que voy por mal camino. Aunque a las mujeres suelen enternecerlas los perros perdidos sin collar. Si tuviera que elegir una amante, no sabría con cuál quedarme. O quizá con las dos. Vale, es un tópico. Pero ¿de qué sirve ser el narrador de una novela si uno no puede permitirse alguna fantasía? ¿Nunca os ha ocurrido daros cuenta, mientras soñáis, de que estáis soñando? Y pensar: ¡estupendo, puedo hacer lo que me dé la gana! Sin consecuencias. Lo peor que puede pasar es que me despierte. Mierda. ¿Y si ellas dos están juntas? Quiero decir, si son pareja. No sé si eso debería excitarme aún más o desanimarme para siempre. Seguramente las dos cosas. Será mejor ir al grano antes de que esto se desmadre. Les explico a toda prisa el posible intercambio de documentos. Tal vez para librarse de mí, la rubia acepta comprobarlo.

Mientras Mary Poppins explora las profundidades de su bolso, me fijo en unos carteles de la pared. Hablan de un movimiento vegano bastante radical. Del reconocimiento de los animales como personas. De la lucha contra la explotación animal. De las torturas infligidas a esos pobres seres indefensos que llamamos nuestros amigos. Y de las acciones, legales y no tan legales, con las que pretenden hacer respetar sus derechos. Deduzco que esta oficina es también la sede de una organización militante. Su fachada legal, quizá. La morena percibe mi sorpresa. «¿Le interesa la defensa de los animales?» «No demasiado. Bueno... Sí, pero... La verdad es que nunca me había parado a pensarlo». Aunque, bien pensado, yo no me como a mis amigos. Tampoco tengo ninguno, así que no es mucho mérito. Al menos la guapa y la guerrillera comparten ideales. Aunque no compartan cama. «Si quiere unirse a nosotras, será bienvenido». Tardo un momento en comprender que solo me invita a participar en su movimiento vegano, posiblemente partidario de la lucha armada. De golpe, pierdo entusiasmo. Digo que me lo pensaré... Ahora sí que quiero acabar cuanto antes.

La rubia encuentra su documento de identidad. Así que el que tengo en la mano no es suyo. Hay que reconocer que la foto no se le parecía demasiado. Pero ya se sabe cómo son las fotos. En la mía, yo tenía más bien aspecto de terrorista buscado por la policía. ¿Una premonición? Así que la vidente no se había equivocado: ella no ha perdido los papeles. Solo espero que no acierte también con sus pronósticos sobre mi absoluta falta de futuro... Pero ¿por qué coincide entonces la dirección? Encima de la tienda hay un edificio de viviendas. Comparten dirección. La entrada está un poco

más allá. Ocho plantas. Tres pisos por planta. Veinticuatro posibilidades. Gracias, sé multiplicar. Les doy las gracias de todos modos y me voy, después de prometer vagamente que volveré a comprar algo. ¿El qué, exactamente?

Examino los buzones. No encuentro el nombre que busco. Pero puede que la mujer se mudara después de hacerse el documento, que tiene ya unos cuantos años. Empiezo a preguntarme si soy yo quien ha perdido el norte. No creo que me confundan nunca con el inspector Colombo: ni siquiera consigo encontrar mi propio documento de identidad. O quizá el intercambio se produjo con otra persona. En otro sitio. En otro momento. Pero ¿con quién? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Y por qué, si es que hay un porqué? Sin contar la pregunta que empieza a martillearme. ¿Y si la dueña de Happy Dogs tenía razón? ¿Y si no fue una equivocación?

Regreso a casa con las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Ya no sé muy bien dónde estoy. Peor aún: no sé si todavía sé quién soy. Venga. Más vale ponerse a trabajar. O intentarlo, por lo menos. Recojo sin entusiasmo el paquete que abandoné en el recibidor. Y pensar que aquel idiota lo tiró al suelo. Espero que no se haya roto nada. Aunque, tratándose de un material tan delicado y tan caro, lo habrán protegido bien. De todas formas, me sorprende lo que pesa. Debería estar lleno de poliestireno. Abro la caja y encuentro plástico de burbujas envuelto en varias vueltas de cinta adhesiva. Mal asunto. ¿No será droga? Corto el plástico con un cuchillo. Yo lo llamaba regalo, pero esto parece una bolsa sorpresa... ¡No es lo que había pedido! Tampoco es hachís. Son libros. No solo me han dado el documento de identidad equivocado, sino también el paquete equivocado. ¡Ese cretino no ha acertado ni una!

Vuelvo a Happy Dogs todavía más furioso. Esta vez creo que voy a matar a alguien. Hay otra multitud en la acera, mucho mayor que la cola de una tienda antes de abrir. Sirenas. Luces azules. La policía ha acordonado el establecimiento. También hay bomberos. Oigo retazos de conversaciones. Hablan de un paquete sospechoso que nadie ha ido a recoger. Los artificieros acaban de llegar para hacerlo estallar. Esto empieza a oler a chamusquina. Se oye una detonación sorda. ¿Habrán destruido heroicamente, arriesgando sus vidas, el ordenador que yo había encargado para escribir mi primera novela? Como el otro día, aparece el joven psicópata con su manojo de llaves. Ni siquiera parece sorprendido. Entre los curiosos también está la actriz que vi en el bar. Podría presentarme ante la policía, naturalmente. Pero para recuperar mi pedido ya es un poco tarde. Además, no sé si es el mejor momento para dar explicaciones. Prefiero desaparecer antes de que me pidan los papeles. Sobre todo porque no los tengo...

Antes de irme recojo un panfleto del suelo. Lo firma un movimiento llamado Frente de Liberación de los Animales Domésticos. ¿Una reivindicación del atentado? ¿Pero por qué Happy Dogs? Es un lugar donde miman a los animales, ¿no? No un laboratorio de experimentación. Sería como poner una bomba en un centro de vacaciones para trabajadores para protestar contra la explotación laboral. O volar un balneario para defender las pensiones de los jubilados.

Por otra parte, ponerles abrigos a los perros, llevarlos a la peluquería, a veces incluso al psicólogo... ¿No será un atentado contra su dignidad canina? No sé. Intento comprenderlo. Es verdad que la hipocresía humana con los animales no tiene límites. A unos los tratamos como hijos. A veces mejor. O igual de mal, por lo menos. A otros los consideramos exclusivamente carne para comer. ¿Cómo justificar semejante doble rasero entre seres vivos, sensibles y no tan distintos entre sí? Dicen que un pulpo es más inteligente que un niño de tres años. Y seguimos comiendo calamares a la romana tan tranquilos. ¿Por qué tanta diferencia entre el cerdo, supuestamente el animal más parecido al ser humano, y el perro, que en otro tiempo fue un lobo para el hombre? Es un racismo entre especies completamente injustificado, si lo pensáis. A muchos europeos les escandaliza que en China se coma perro. A muchos otros les horroriza que se coma conejo, caballo o ancas de rana. En la India hay quienes no comen vaca porque la consideran sagrada. Musulmanes y judíos no comen cerdo porque lo consideran impuro. No hay quien entienda nada.

Y, al fin y al cabo, una bomba en pleno centro, a la vista de todos, tiene mucha más repercusión que otra en un matadero perdido en mitad del campo. ¿Por qué creéis que los campos de concentración se instalaban lejos de las ciudades, en mitad de los bosques? Para que después se pudiera decir que nadie sabía nada. Con los mataderos ocurre un poco lo mismo. Todo el mundo sabe, pero al comerse un buen filete tártaro nadie quiere enterarse. Me acuerdo de las dos revolucionarias de la tienda donde no venden nada. Me cuesta imaginarlas con las manos manchadas de sangre. Pero las apariencias engañan. ¿Tendrán algo que ver con el atentado?

Regreso a casa. Había pedido lo necesario para escribir mi primera novela: un portátil, varios paquetes de papel y cartuchos para la impresora. Ahora no tengo nada con lo que escribir. Una excusa estupenda para seguir vagueando... Miro con más detenimiento el contenido de la caja. Me inclino y cojo un libro cualquiera. «Las páginas blancas». Así se titula. Pero es mucho más fino que una guía telefónica. ¿Será una broma? Examino los demás. Son todos iguales. Y el nombre de la autora... ¡Es el mío! Bueno, quiero decir, el mismo que figura en el documento de identidad. Ese que me dieron por error. O quizá no... Cada vez entiendo menos. ¿Y si el documento fuera realmente mío? Pero no soy una mujer. O al menos no lo creo. Hay límites. Debo de estar perdiendo la cabeza. También la noción del tiempo. Vuelvo a contemplar los libros de la caja. ¿Serán entonces ejemplares de mi primera novela? ¿De esa que creía no haber escrito todavía? No sé si considerarlo una buena noticia. Es una historia inverosímil. ¿Y qué hago ahora con todos estos ejemplares? Debe de haber por lo menos... Los cuento. Cien libros por paquete. ¡Cincuenta paquetes! ¡Cinco mil libros! ¿Dónde voy a meterlos? Nunca me había planteado escribir un éxito de ventas. Habría mandado imprimir quinientos como mucho. Ya me da miedo pensar en la factura de la imprenta...

Corro a la librería del barrio con un ejemplar para que lo examinen. Como un ateo que encontrara una hostia consagrada y la llevara a un laboratorio para comprobar si contiene de verdad el cuerpo de Cristo. O por lo menos trazas de carne humana. En la era de internet, entrar en una librería es como entrar en una iglesia. Un acto de fe. Sabemos que Dios ha muerto, pero nos gustaría tanto seguir creyendo... Le enseño a la dependienta la contracubierta con la biografía de la autora. La mujer del documento de identidad. Me dice que la conoce. Es clienta. Una actriz que vive por el barrio. ¡Claro, ahora lo veo! ¡La mujer del bar! Seguramente acababa de salir de Happy Dogs. Es a ella a quien le cerré el paso, no a la otra. Desde luego no se me da bien reconocer las caras. O soy muy miope. O tengo amnesia. O las tres cosas. «¿Y este libro cree usted que se podría vender?» La chica adopta un tono condescendiente. «Bueno, ya sabe cómo es la autoedición...» Se acerca la dueña. Me mira de una manera muy rara. Les doy las gracias y hago ademán de marcharme. En cuanto me alejo, la librera aparta a la dependienta y le susurra algo, sin dejar de mirarme. Salgo sin preguntar nada más.

Ya fuera, echo una última mirada hacia la librería. Hay un cartel pegado en la puerta de cristal. Un aviso de búsqueda. Con mi foto. Así que no soy el único que anda buscándome. ¿Habrá encontrado alguien mi documento y querrá devolvérmelo? Eso se hace con los perros y los gatos. Me acerco para leerlo. Es un retrato robot. El del presunto autor del atentado de Happy Dogs. Un peligroso terrorista del Frente de Liberación de los Animales Domésticos. Al otro lado del escaparate, las dos libreras siguen observándome. Una está cogiendo el teléfono. Me alejo a toda prisa.

Llego a casa sin aliento y cierro de golpe la puerta, creyéndome a salvo por un instante. Pero, nada más entrar, algo me inquieta. Noto una presencia. ¿La policía, ya? Y con perros rastreadores, además, porque creo percibir cierto olor a pastor alemán. Echo una ojeada. No falta nada. Hay tan pocas cosas en mi piso que para un ladrón llevarse algo sería toda una hazaña. En realidad, ni siquiera es exactamente mi piso. Es un subarriendo. O, mejor dicho, un apartamento prestado. Nunca he conocido al propietario. El inquilino anterior, al irse, me dejó las llaves debajo del felpudo. Creo que llevaba bastante tiempo sin pagar el alquiler. Así están las cosas. No estoy realmente en mi casa, la policía me busca y no tengo documentos. Bueno, sí tengo uno, pero no es el mío. Continúo mi inspección en la habitación vacía que utilizo como despacho. Allí tampoco falta nada. Al contrario... Mi viejo ordenador, averiado desde que pilló un virus, ha resucitado milagrosamente. Está sobre el tablero sostenido por dos caballetes que utilizo como mesa de trabajo. La pantalla está encendida. Hay un archivo abierto. Lo leo. Solo contiene un título: «Las páginas blancas». Tengo un mal presentimiento...

Vuelvo al recibidor y cojo un libro cualquiera. «Las páginas blancas». Es, en efecto, el título. Abro el volumen. Todas las páginas están en blanco... Como una guía telefónica de la que hubieran desaparecido todos los nombres de golpe. O una novela que todavía queda por escribir. Pero ¿quién va a escribirla? Si ya es difícil vender libros cuando tienen algo impreso... Regreso al ordenador y cierro el archivo para comprobar si hay otro en el escritorio, con el texto completo de la novela. Antes lo guardo, por si acaso. Aunque ¿guardar qué? No hay nada, aparte del título. Menudo título de mierda. No me ayuda gran cosa.

Y entonces la actriz hace su entrada en escena. No en persona, desde luego. Aparece en el fondo de pantalla de mi viejo ordenador, resucitado de entre los muertos. Su rostro está justo frente al mío, como en un espejo, con un ligero relieve. Parece a punto de hablarme. Es una imagen en blanco y negro. Algo borrosa. Una fotografía de otro mundo, como las que vi en aquel estudio regentado por una fotógrafa de ultratumba y su súcubo, especialista en augurar desgracias. Quizá esas dos muñecas rusas, además de poner bombas de día, organizan de noche sesiones de espiritismo informático en su trastienda de la trastienda. Y han conseguido hacer aparecer a distancia, en mi piso, el fantasma digital de la autora desaparecida de un libro que aún no se ha escrito... ¿Quién es esta mujer que me mira? ¿Era su fantasma el que vi en el bar? ¿Vive entonces aquí? ¿O vivió aquí antes? A menos que sea yo el que viva en su casa... Prefiero no pensar en quién vive dentro de quién. ¿Y si ella fuera la verdadera autora de esta novela en la que yo solo soy el narrador? Tanto empeño en no hacer literatura experimental para terminar metido de lleno en ella. Por lo menos, no soy un perro. Aunque...

Mi reloj vuelve a ponerse en marcha. Yo también... Los perros no llevan reloj. Eso me tranquiliza un poco. Aunque algunos llevan abrigo para ir a la peluquería. A lo mejor, dentro de cinco años, habré conseguido llenar todas esas páginas blancas, hacerme un nombre y vender los cinco mil ejemplares. Escribir mi vida. O la de otro. Como quien sueña despierto. Porque, hasta ahora, mi vida... Por eso aquel imbécil me cambió los papeles. Los de identidad. Es mi primera novela. Primera noticia. No estoy seguro de que haya una segunda. No basta con llenar páginas blancas de pensamientos negros para convertirse en escritor. Abro de par en par el ventanal para que entre la luz y contemplo los edificios de enfrente. Detrás de cada ventana, un nombre en la guía. Una identidad prestada. Cierro los ojos. La huella de esas ventanas permanece impresa en mi retina. Me inclino un poco más. Una sensación fugaz, como si me cayera hacia dentro. Antes de que la memoria termine de borrarse y de que yo toque fondo, intento entrar por una de esas ventanas, acceder a alguna vida posible... Con la esperanza de que no sea una vida de perros. Abro otra vez los ojos. Sigo vivo. Al menos, que yo sepa.

Tendré que salir de casa. Aunque solo sea para hacer la compra y llenar la nevera. Si no, moriré de hambre y se acabarán todos mis problemas. Pero hay un pequeño inconveniente. Cuando la policía te busca y no tienes los papeles en regla, salir a la calle es arriesgado. Solo se me ocurre una solución si quiero seguir vivo. Y libre. Convertirme en esa mujer. Si este documento no corresponde a mi identidad, adaptaré mi identidad para que corresponda al documento. Dos problemas resueltos de un plumazo: tendré papeles y un historial limpio. Puede que surjan otras complicaciones imprevistas. Pero, a estas alturas... Ya veremos. Hasta ahora era como un viajero que pretende recorrer Estados Unidos con un mapa de Francia. Naturalmente, no consigue encontrar la Nacional 7. ¿Qué pierdo probando suerte en la Ruta 66?

Me acerco a la puerta del vestidor y la abro. Como la esposa de Barba Azul, había ciertas puertas que no debía abrir. En particular, esta. No era una habitación que yo necesitara mucho, dada la escasez de mi guardarropa. ¿Me encontraré dentro los cadáveres de varias mujeres? ¿Las anteriores esposas del propietario? Eso sí que sería un problema. Pero el vestidor está lleno de ropa femenina. No sabía que el dueño de este piso era una mujer. Ha dejado aquí parte de sus cosas, bien dobladas en los estantes o colgadas en perchas. Voy a dar cuerpo a una existencia posible. A la suya. La idea casi me entusiasma. ¿Quién no ha soñado alguna vez con cambiar de piel?

Así que hoy empiezo una vida nueva. Una vida de mujer. La vida de esa mujer que tendré que inventar desde cero, puesto que no sé nada de ella. Siempre será mejor que llevar una vida de perros. Aunque eso está por ver. ¿Qué me pongo para salir a la calle? Primero iré a la peluquería a cambiar de aspecto. Luego, quizá, cuando sea algo mayor, me compraré un caniche y un abriguito para él. Y volveré a Happy Dogs como una clienta de verdad, con la cabeza bien alta. Pero antes tengo que escribir un libro...

Todavía no he empezado la novela de mi nueva vida. Y, en cuanto a pedir cita en la peluquería, de momento prefiero ponerme una peluca. Al menos hasta que me crezca un poco el pelo. No será fácil, porque me queda bastante poco. Después de todo lo que he pasado, diría que incluso menos. Por suerte, en el vestidor de Barba Azul había también dos pelucas. Una rubia y otra morena. Parecen de pelo auténtico. Quizá sean las cabelleras arrancadas a sus últimas esposas demasiado curiosas. He escogido la rubia. Aunque no descarto cambiar de color algún día.

He decidido jugármelo todo a una carta. O sale bien o se acabó. Voy a volver a Happy Dogs. No tengo perro, pero diré que quiero comprarle un regalo al mío. Por su cumpleaños, por ejemplo. Si no me reconocen, habré ganado. Podré vivir tranquilamente como una falsa rubia con documentos auténticos. Antes de salir me arreglo un poco. Un toque de maquillaje. Sin caer en la vulgaridad. Lo peor son los tacones. Sobre todo para bajar las escaleras.

De momento todo va bien. En la calle nadie se vuelve a mirarme. Me animo y entro en el bar. El camarero me recibe con un «Buenos días, guapa, ¿qué te pongo?». Casi suena a proposición indecente. Buena señal. Me tomo mi café templado y salgo satisfecha. Me siento como una agente doble. Una espía que actúa bajo una identidad falsa. Casi una resistente en territorio ocupado. Una Mata Hari de pega. De todas formas, me parece prudente no tentar demasiado la suerte por ahora.

Para resultar todavía más creíble, he decidido pedir prestado un perro. Está bien: «prestado» necesita una aclaración. Es un caniche completamente negro. Así se le notará menos la suciedad. Paseaba por el parque, vestida de mujer, cuando se me acercó con el hocico húmedo y moviendo el rabo. Parecía no tener ataduras. No llevaba collar ni iba unido a nadie por una correa. Con la loable intención de salvarlo de la perrera, tal vez concluí demasiado deprisa que estaba perdido. Aunque, cuando me lo llevé en brazos, creo que oí gritar a una señora muy corpulenta detrás de mí. Preferí no contestar y apreté el paso. El daño ya estaba hecho. No podía volver atrás. Habrá quien lo llame secuestro. Pero no pienso pedir rescate. Solo necesito al caniche unas horas, para dar buena impresión en Happy Dogs. Es increíble lo fácil que resulta

secuestrar un caniche. Más que a un niño, desde luego. Y seguramente con menos riesgos. Además, ¿qué iba a hacer yo con un niño? Superada la primera sorpresa, este perro parece bastante dócil. Lo tendré unos días en casa antes de volver a sacarlo. Para que se acostumbre. Y yo también.

Estoy empezando a cogerle cariño a este chucho. Apenas come. Se pasa el día durmiendo. Ni siquiera sé cómo se llama. Entre siesta y siesta, antes de dormirse otra vez, me dedica una mirada triste en la que creo descubrir cierta complicidad. Espero que por lo menos tenga sueños agradables. En el fondo es como yo. Ha perdido su identidad, separado a la fuerza de la única persona que sabía llamarlo por su nombre: su dueña. Una segunda vida, en cierto modo. Tarde o temprano hay que cortar el cordón umbilical. En su caso, el cordón tenía forma de correa. ¿Debería ponerle otro nombre? Podría darle el mío. Ahora mismo no lo utilizo. Lo llamo por mi nombre y responde. Sinceramente, podría llamarlo de cualquier manera. Le daría igual, siempre que después le diese sus croquetas.

Es nuestra primera salida juntos. Como no pude llevarme también la correa, lo sujeto con un trozo de cuerda. Espero no haber apretado demasiado el nudo corredizo de su nuevo cordón umbilical. Al menos parece entender que no le conviene tirar mucho. Esta vez voy directa a Happy Dogs. Al entrar, el olor me parece menos intenso y menos desagradable que la primera vez. Casi familiar. Supongo que es porque llevo una temporada conviviendo con un caniche. Aquí me encuentro como en casa. Como si volviera a mi hogar. O, mejor dicho, a mi caseta. Debí de ser un perro en otra vida. En cualquier caso, ahora sé lo que es llevar una vida de perros.

El aprendiz está aquí. Y la dueña también. Así que no ha considerado necesario despedir al hijo de puta. O quizá sea su madre. O su amante. Varias señoras esperan turno para ir a la peluquería. Sus perros, quiero decir. Cuando entro no se produce ninguna reacción particular, aparte de un vago «Buenos días, señora». Nadie parece conocerme. Ni reconocerme. Para esta respetable comerciante, soy una clienta cualquiera. Y, además, una posible clienta habitual. Examino los collares y las correas para mi caniche. El joven gigoló pasa detrás de mí rozándome casi y me susurra al oído, con aire lascivo: «¿Busca algo en particular?» «No, gracias. Estoy mirando». Un salido, ya os lo decía. La dueña sigue fingiendo que no se interesa por mí. Espera sin duda a que muerda el anzuelo antes de pescarme. Rebusca entre sus papeles, coge el teléfono y marca un número. Mi móvil empieza a vibrar al instante. Me he pasado de lista. Una llamada, y ya me han pescado. «Buenos días, señor, tengo buenas noticias para usted». «¿Sí?», contesto. «Hemos encontrado su documento de identidad. La señora nos lo ha traído. Puede pasarse a recogerlo». Balbuceo una respuesta lo más corta posible en voz baja, tapándome la boca con la mano. Y guardo el teléfono.

¡Por los pelos! Estoy sudando. Un sudor frío. Me siento como un pez que han sacado de golpe del agua, arrancándole media boca con el anzuelo, para luego devolverlo al río en un gesto de generosidad hacia el reino animal. Aún no alcanzo a comprender las consecuencias de esta resurrección tan súbita como inesperada de mi identidad original. Todavía aturdida, escucho las conversaciones. El Frente de Liberación de los Animales Domésticos ha reivindicado el atentado con paquete bomba. Han detenido a dos mujeres. Al menos he dejado de ser sospechosa en ese asunto.

También he visto que mi retrato robot ya no está pegado por las calles. Sin embargo, de pronto descubro otro cartel de búsqueda detrás del mostrador. Buscan un caniche negro sospechosamente parecido al que llevo atado. Hay una foto, pero bueno... ¿Qué se parece más a un caniche negro que otro caniche negro? Siempre puedo teñir este de blanco. De momento nadie ha identificado a mi perro como el protagonista de aquel aviso de búsqueda. Lo que parece escandalizar a las clientas es la cuerda. No me extraña: el pobre animal está casi asfixiado. Aflojo un poco el nudo que tiene alrededor del cuello. Elijo una correa de cuero y un collar a juego. Pago y me dispongo a salir.

En ese momento entra como una exhalación una mujer hecha una furia. Esta sí que es obesa de verdad. Me pregunto cómo ha conseguido atravesar la puerta a semejante velocidad. Me señala con un dedo acusador y grita con tono asesino: «¡Pero si es mi perro! ¡Youki!» El caniche sale de su letargo y levanta una oreja. Parece que el nombre le suena vagamente. Empieza a ladrar. Primero bajito. Luego más fuerte. «¡Youki! ¡Soy mamá!» Los demás perros se ponen a ladrar también, y las ancianas me increpan con aire amenazador. Como no salga de aquí, me linchan. La mujer sigue chillando: «¡Youki! ¡Youki! ¡Ven con mamá!» Olvidando el nudo corredizo que lleva al cuello, el caniche salta hacia su antigua dueña. La cuerda se tensa como la de un arco, el lazo se cierra de golpe sobre su garganta, y el animal queda suspendido un instante en el aire antes de caer al suelo, dando alaridos y convulsionando. La señora está a punto de desmayarse. «¡Dios mío, Youki!» La dueña de la tienda corre a sujetarla antes de que caiga hacia atrás, mientras el aprendiz corta la cuerda del ahorcado de un tajo con un cúter, a riesgo de cortarle también las cuerdas vocales. Aprovecho el desconcierto general para coger mi documento de identidad, que veo sobre el mostrador, junto a las vueltas. Y salgo corriendo, a pesar de los tacones.

Mi carrera alocada termina en una cojera. Se me ha roto un tacón. Al doblar la esquina, me quito la peluca y recupero el aliento. La pesadilla ha terminado. Vuelvo a ser yo. He recuperado mis papeles. Entonces noto una presencia detrás de mí. ¿Un perro policía que ha venido a ponerme la correa para llevarme a la perrera? Ya no quiero seguir huyendo. Nunca me he sentido tan solo. Me doy la vuelta. Es el supuesto Youki. Pero ¿es ese de verdad su nombre? ¿Y si la mujer que dice ser su dueña fuera también una mitómana, como yo? El caniche, en cualquier caso, se alegra muchísimo de verme. Ladra contento y mueve el rabo. Como si lleváramos meses sin vernos cuando acabamos de separarnos. Vaya, ahora hasta se me ha meado encima. Parece que también se ha encariñado conmigo. Después de todo, quizá ni siquiera necesitemos una correa.

Me marcho en compañía de este perro tan poco rencoroso. Aunque tendré que teñirlo de blanco. Todavía no he escrito esa primera novela que hará de mí un escritor, pero al menos he encontrado un compañero de viaje. Ahora solo falta encontrar el camino. Ni siquiera sé si es macho o hembra, ahora que lo pienso. El día está gris y húmedo. Todo cuanto me rodea es feo. Nada es seguro, pero todo es posible. Hasta lo peor. Hace tiempo que por aquí no vemos el sol. Dentro de menos de cinco mil millones de años habrá muerto. Y la Tierra con él. Pero los perros no lo saben. Felices perros...

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Abril de 2024

ISBN 978-2-38602-191-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.